

el mar se trague vuestras casas una á una..... y además, ¿por qué permaneceréis en este agujero? ¡Marchaos á otra parte!

—¿Pero á dónde?—preguntó Prouane, que escuchaba estupefacto.—¿Dónde está esa parte? ¡Es menester vivir!

—Esa es una verdad—concluyó la señora Chanteau—y ya veis, allí ó más lejos todavía, siempre se quedará mal..... En fin, vamos á acostarnos. ¡Buenas noches! Mañana será de día.....

El pobre diablo marchó saludando, y oyóse que Verónica echaba en seguida los cerrojos de la puerta; cada cual tenía en la mano su correspondiente palmatoria; se hicieron caricias á Mateo y la Minucha, que dormían juntos en la cocina; Lázaro había recogido los papeles de música, y la señora Chanteau apretaba debajo del brazo derecho el viejo registro que guardaba los títulos, y también retiró de la mesa el inventario de Davoine, que su marido dejaba olvidado.

¡Este último papel la había llegado al corazón!

—Verónica, que subimos á dormir, ¿eh?—gritó.—No vayas ahora á dar vueltas de un lado á otro.

Y como no saliese de la cocina sino un ronco gruñido, añadió en voz baja:

—¿Qué diablos tendrá esa mujer?

—Déjala en paz—dijo Chanteau—ya sabes que es lunática..... Estamos los cuatro aquí; vamos, buenas noches.

El señor Chanteau dormía en el piso bajo, al otro lado del corredor, en un viejo salón transformado en dormitorio, y de esta manera se podía arrastrar fácilmente su sillón cerca de la mesa de comer ó sobre la terraza.

Abrió la puerta, y se detuvo un instante con sus piernas hinchadas y dolorosas, que anunciaban la aproximación de una crisis por la tiranez de sus articulaciones.

¡Qué mal había hecho en comer una buena tajada de *foie gras*! Esta consideración le desesperaba.

—Buenas noches—repitió con voz doliente.—¡Dichosos vosotros que podéis dormir á pierna suelta!... Buenas noches, querida niña; que descanses bien, porque eso es propio de tu edad.....

—Buenas noches, tío mío—contestó Paulina abrazándole.

La puerta se cerró, y la señora Chanteau hizo subir delante á la pequeña; Lázaro las seguía.

—La verdad es—dijo la señora Chanteau—que no habrá necesidad de mecirme esta noche..... y además,

este ruido me adormece, no me desagrada..... En París me faltaba esto, no ser inquietada en mi lecho.....

Llegaron los tres al primer piso, y Paulina se reía de ver la fila que formaban, cada uno con su palamatoria, cuya luz hacía danzar las sombras en las paredes; y como al llegar á la meseta de la escalera se parase, no sabiendo á dónde dirigirse, su tía la empujó suavemente, diciéndola:

—Sigue, sigue..... ese cuarto está ahora desocupado: el de enfrente es el mío. Entra un rato, que voy á enseñártele.

El dormitorio era una angosta pieza que tenía colgaduras de cretona amarilla con ramos verdes, modestamente amueblada con sillería de nogal, una cama, un armario y una mesa, y en medio había un velador con tapete rojo.

Cuando la señora Chanteau examinó con su bujía todos los rincones del cuarto, acercóse á la mesa y levantó la tapa.

—Mira, mira—dijo.

Y abrió uno de los cajoncitos, en el cual depositó suspirando el desastroso inventario de Davoine; sacó otro cajón, y lo sacudió para quitarlo el polvo, disponiéndose á guardar allí los títulos delante de la niña.

—Ya lo ves, ahí los dejo, y quedarán solos para que nadie ni nada les estorbe..... ¿Quieres ponerlos tú misma?

Paulina sentía un rubor que no acertaba á explicarse.

—¡Oh, tía mía! no vale la pena.....

Pero la señora Chanteau la dió el viejo registro, y no tuvo más remedio que meterle en el fondo del cajón, mientras Lázaro, aproximando la bujía, alumbraba el interior del mueble.

—Así estarás bien segura—continuó la señora Chanteau—y ya puedes estarlo, porque antes que tocarlos, pereceríamos de hambre..... Acuérdate, niña: el primer cajón de la izquierda. De ahí no saldrán hasta que seas mayor de edad y los saques tú misma, ¿eh?.... ¡A bien, que la Minucha no vendrá á comerlos ahí dentro!

Esta idea de que la Minucha quisiera abrir el cajón de la mesa para comerse los títulos hizo reír á carcajadas á la niña, que, repuesta ya de su mortificación anterior, bromeaba con Lázaro al oírle simular, para divertirle, el bufido de la gata, y fingir un ataque al cajón, mientras la señora Chanteau cerraba la mesa, dando dos vueltas á la llave con rapidez y brío.

—¡Se acabó!—dijo.—Vamos, Lázaro, no hagas tonterías..... Subiré yo también para asegurarme de que no falta nada en tu cuarto.

Subieron los tres en fila al segundo piso, y Paulina abrió la puerta de la izquierda.

—No, no—gritó la tía—ese es el dormitorio de tu primo..... el tuyo está enfrente.

Paulina se quedó inmóvil, contemplando la anchura de la cámara y su aspecto de desván, en la cual había un piano, un sofá, una gran mesa de pino, libros y algunos grabados.

Empujó luego la puerta de la otra sala, que le pareció pequeña comparada con la otra; el papel tenía fondo oscuro, salpicado de florecillas azules; había allí una cama de hierro con blanca colgadura de muselina, un lavabo, una cómoda y tres sillas.

—Ahí lo tienes todo—murmuró la señora Chanteau—agua, azúcar, servilletas, toallas, jabón..... Vaya, duerme tranquila..... Verónica se acuesta en el gabinete inmediato, y si tienes miedo no haces más que tocar en la pared.....

—Además yo estoy aquí—interrumpió Lázaro—y cuando venga algún fantasma saldré con mi enorme sable.....

Las puertas de ambas cámaras estaban abiertas y Paulina miraba de una á otra.

—No hay ningún fantasma—contestó con acento jovial—y ese sable será para los ladrones. Buenas noches, tía; buenas noches, primo.

—Buenas noches, queridita. ¿Sabrás desnudarte sin la criada?

—Sí, señora, sí..... ¡ya no soy una niña! En París me desnudaba solita.....

Se dieron el beso de despedida, y la señora Chanteau dijo á la muchacha cuando se retiraba que podía cerrar con llave la puerta de su cuarto, mientras Paulina se dirigía hacia la ventana con el deseo de saber si las luces daban también al mar.

La lluvia caía sobre los cristales con tanta violencia, que la muchacha no se atrevió á abrir la ventana; y como reinaba obscuridad muy densa, contentóse con oír, llena de júbilo, que el mar rugía cerca de la casa.

Después, rendida por el cansancio, paseó su mirada por el cuarto y los muebles que le adornaban, y sintió su corazón henchido de orgullo al considerarse como persona mayor cuando se la daba una cámara para ella sola, separada de los demás, y en la cual podía encerrarse á su capricho.

Pero en el momento de dar vueltas á la llave, cuando ya se había quitado el vestido y estaba en enaguas, vaciló y acometióla malestar indefinible....

¿Y si alguien quisiera entrar?

Entonces sintió un escalofrío, y volvió á abrir la puerta para mirar hacia el obscuro pasillo, y enfrente de ella, en medio del cuarto contiguo, vió á Lázaro que la miraba.

—¿Qué quieres, prima?—preguntó el joven;—¿necesitas algo?

Paulina se puso encarnada, y si bien quiso mentir, cedió á su natural franqueza.

—No, nada—contestó—ya ves, primo, tengo miedo cuando las puertas están cerradas con llave... No eierro, ¿entiendes?.... y si llamo es para que vengas tú, tú solo, no la criada....

Lázaro se había adelantado hacia ella, y seducido por el encanto de aquella infancia tan ingenua y pura, tendió los brazos á Paulina, repitiendo:

—¡Buenas noches!

Ella se arrojó al cuello de su primo, y estrechóle con sus delgados brazos.

—¡Buenas noches, primo, buenas noches!....

Y cinco minutos después se metía en el lecho, apagaba la luz y se rendía á la necesidad del des-

canso: primero oyó que Verónica llegaba á su cuarto sin precaución alguna, metiendo un ruido capaz de despertar á todos los de la casa; luego escuchó el fragor de la tempestad, la lluvia que continuaba á torrentes, el huracán que hacía rechinar puertas y ventanas, el choque profundo y ronco de las olas sobre los acantilados de la costa.

Parecíale que la casa, arrancada de los cimientos en un instante, se iba hacia el mar como un buque empujado por el agua.

Y entonces, sintiendo en su cuerpo el dulce calor del lecho, tenía fijo el pensamiento en aquellas pobres gentes á quien el mar había expulsado de sus hogares.

Luego durmióse tranquilamente.

